

Acaso la conclusión más importante que se pudiese sacar de los acontecimientos del último año, algunos de excepcional interés, sea ésta: para la resolución de los problemas del mundo en la década de 1960 ya no resultan aplicables los métodos vigentes hasta ahora y que incluso en la primera década de la segunda mitad de nuestro siglo han ido colocando al Occidente en una situación de creciente desventaja. La era nuclear, en estado de vigoroso desarrollo, nos trae promesas no menos que preocupaciones. Una de las consecuencias más evidentes y menos satisfactorias de un mundo con tantos y tan rápidos progresos y cambios es que apenas si queda tiempo ya para pensar en la significación que pudiera tener esa relación, extraordinaria y cada vez más íntima, entre las cosas en apariencia más dispares. De un lado tenemos, pues, un alto grado de relación e incluso de interdependencia; del otro, el empeño puesto en mantener la mente vuelta hacia atrás, hacia puntos de referencia anclados en situaciones pasadas que apenas tienen hoy más valor que el puramente histórico. Solo de un estado tal de confusión—de timidez quizá para dar cara resueltamente a situaciones originales—podrían haber salido acontecimientos tan graves como ese que se ha dado en llamar «la crisis del dólar», que no por contar con mucho que parece irreal deja de tener una profunda significación, o la crisis de la O. T. A. N., por no saberse acaso qué hacer con esta organización en la era nuclear, o la crisis de las Naciones Unidas, por la impresión, tan penosa, que ha dejado la primera mitad de la última sesión de la Asamblea General. Y es que mucho o todo lo que se ha tratado de contener y controlar a lo largo de la década anterior amenaza ahora con venirse encima con toda al impetuosidad de una gran riada.

Era una situación incómoda esa en la cual nos encontrábamos cuando se iba agotando un año y otro empezaba a quitarle el sitio. Y no porque tuviese como característica dominante la agresiva impetuosidad de un

mundo que parecía dispuesto a salir de las posiciones en que había vivaqueado largamente para lanzarse con resolución al ataque, sino por asomar inesperadamente tantos indicios de alarmante flojedad y falta de sentido de dirección por el interior mismo de los bastiones que habían llegado a tenerse por inexpugnables. Inesperadamente, en los días mismos en que se había querido llevar al ánimo de mucha gente el convencimiento de que los Estados Unidos no podrían adoptar grandes decisiones mientras no tomase posesión el nuevo presidente, sobre todo por haber salido de las elecciones del pasado noviembre el triunfo de un candidato de signo contrario al que había dominado el Poder Ejecutivo de la nación en los últimos ocho años, se hizo tal demostración de actividad que para muchos apenas podía tener más que una significación: grande y grave era la crisis, sin duda, en que se encontraban los Estados Unidos cuando una alta misión gubernamental se exponía a correr el peligroso riesgo de ser secamente rechazada al acudir a la Alemania Occidental en demanda del apoyo financiero necesario para la continuada presencia por allí de una poderosa representación de las fuerzas armadas norteamericanas, precisamente lo que se había llegado a considerar como la mejor y mayor garantía de que las huestes comunistas nunca se atreverían a dejar las posiciones en que habían quedado fijadas el día en que entró en vigor la Organización del Pacto del Atlántico Norte. En cosa de unos días más bien que de unas semanas el mundo fué enterándose con asombro de los acontecimientos que se venían encima con tal prisa que una nueva crisis daba la impresión de desplazar nada más a otra de la primera página de los periódicos, pero sin haber quedado no ya resuelta, sino medianamente comprendida. Quizá fuese mejor así, pues, si hubiese quedado tiempo para llegar al fondo de cada una de las cuestiones que iban surgiendo, acaso lo único que se pudiese sacar en limpio sería: o bien que se había actuado con mucha precipitación o que se buscaba situar a una situación política nueva en la posición del que ha de verse mucho más obligado a cargar con las consecuencias de una herencia indeseable que al desarrollo de la propia iniciativa.

Una serie de espectaculares decisiones arrastró a los Estados Unidos: a mandar al secretario de Hacienda y al subsecretario de Estado para Asuntos Económicos de los Estados Unidos, los señores Robert B. Anderson y C. Douglas Dillon, respectivamente, a Bonn, para pedir, no para gestionar, que el Gobierno de Alemania Occidental se hiciese cargo, por un total de 600 a 700 millones de dólares, del peso financiero que para el contribuyente norteamericano suponía la permanencia de una buena parte de sus fuerzas armadas en suelo alemán;

— A despachar una patrulla de barcos de guerra al Mar de las Antillas para prestar servicio de vigilancia a lo largo de las costas de Guatemala y Nicaragua, en prevención de intentos de desembarco del fidelismo que en aquellos momentos no parecía estar especialmente interesado en acciones de esa clase;

— A inclinarse activamente, después de muchas vacilaciones, del lado del régimen que había surgido en Laos, en la ciudad de Savannakhet, por manifiesta disconformidad con el Gobierno neutralista que bajo la presidencia del príncipe Souvanna Phouma se había formado en Vientianne, después del golpe dado por un joven capitán paracaidista, con claras inclinaciones hacia el Pathet Lao, largamente ayudado por el régimen comunista de Vietnam del Norte, con lo que se colocó en posición difícil a los Gobiernos de Londres y París, convencidos de que sólo una posición neutralista podría ofrecer algunas garantías de paz y estabilidad por el pequeño reino del Sudeste asiático;

— A dar a conocer una medida tras otra encaminadas a reducir fuertemente los gastos norteamericanos en el extranjero, mediante la reducción del número de familiares de los soldados norteamericanos estacionados en el extranjero que pudiesen permanecer fuera del país, el fin de la política de hacer compras importantes en el extranjero, empezando por los países de más alto grado de prosperidad, para el sostenimiento del programa de defensa mutua, y la insinuación de que acabaría siendo inevitable alguna reducción de las fuerzas militares norteamericanas estacionadas en otros países, especialmente en la Alemania Occidental;

— A presentar propuestas encaminadas a transformar la O. T. A. N. en una potencia atómica dotada de un armamento nuclear cuyo uso ya no fuese atribución exclusiva de los Estados Unidos.

— A la ruptura de las relaciones diplomáticas con Cuba.

Una gran divisoria histórica.

De todo esto—y de muchas cosas más, muchas de las cuales no es posible cifrar siquiera por limitaciones obvias—sale una conclusión evidente: el alto grado de interdependencia a que se ha llegado en un mundo cuyas dimensiones han sido aniquiladas más bien que reducidas por los fantásticos progresos de la ciencia y la tecnología modernas. Y la sospecha de que ha sido grande, sin duda, el cambio que se ha operado con el espectacular incidente del avión norteamericano «U-2», abatido por un pro-

yectil soviético en las inmediaciones de la ciudad de Sverdlovsk, la causa inmediata del aparatoso fracaso de la conferencia de la cumbre que se venía preparando desde hacía un par de años y que ya puede muy bien ser considerado como la gran divisoria histórica de la posguerra.

Los largos meses que han pasado no han podido hacer que disminuya la importancia de un acontecimiento cuya significación se intentó desvirtuar en los primeros momentos al convertirlo no sólo en una gran victoria norteamericana sobre la Unión Soviética en general y sobre su primer ministro, Nikita S. Jruschev, en particular, sino en un hecho que había servido para reforzar y consolidar la alianza occidental. La gran importancia de este hecho está en no haber echado a perder todas las posibilidades de éxito —muy pocas, seguramente— que pudiese ofrecer la proyectada conferencia de la cumbre, sino el alarmante grado de desconfianza y descomposición, en el fondo, en que se encontraban ya las principales partes componentes de la Alianza Atlántica.

Fracaso había sido la anterior conferencia de la cumbre, celebrada en Ginebra en el verano de 1955, a pesar del empeño puesto en más de una declaración oficial por mantener la atención general alejada en todo lo posible del fondo de la cuestión, que no era otro que la necesidad de proceder a una reorganización a fondo de todo el sistema y todos los métodos que habían tenido su punto de arranque en las circunstancias tan especiales en que se encontraban los Estados Unidos a la terminación de la segunda guerra mundial. El monopolio, absoluto durante algún tiempo, efectivo en la práctica hasta los primeros años de organización y desarrollo de la Alianza Atlántica, de las armas atómicas ejercido por los Estados Unidos se había convertido en algo más que un factor poderoso de coacción en las relaciones norteamericanas con la Unión Soviética. Había llegado a ser, en realidad, una influencia tan decisiva en las relaciones de los Estados Unidos con sus aliados y amigos que acabó pronto dándoles un carácter exclusivamente unilateral. En apariencia, las relaciones de los Estados Unidos con sus aliados se asentaban sobre el principio de una colaboración entre iguales; en la práctica se trataba de seguir en todo momento la dirección trazada por la potencia que las circunstancias más que ninguna otra cosa habían desplazado en cuestión de muy pocos años de una posición de importancia internacional muy poco destacada al puesto decisivo mucho más que principal. Pero sin que hubiesen tenido un desarrollo paralelo otros factores que, resultado casi siempre de una larga experiencia, han sido en el pasado característica dominante de situaciones análogas. De la misma ma-

nera que los Estados Unidos crearon depósitos de armas nucleares en los países aliados y asociados en los cuales se establecieron bases militares destinadas a facilitar el desarrollo de una tarea conjunta, en caso de necesidad, sin compartir en ningún momento ni bajo circunstancia alguna el control o el uso que de ellos pudiese hacerse, lo cual representaba en la práctica la creación de lagunas de molesta extraterritorialidad, se acabó enviando a la capital de la República Federal alemana una misión dispuesta a exigir, no a negociar, que sería lo lógico y natural entre potencias aliadas y, es más, con relaciones hasta entonces de la máxima cordialidad.

Pensando en cosas así y en la situación en que acabaron encontrándose los Estados Unidos con motivo del incidente de aquel avión «U-2» que tanta impresión produjo, llegó a decir uno de los comentaristas norteamericanos más leídos que había servido para disipar «la neblina de color de rosa de los últimos años y poner de manifiesto una verdad desagradable». Para añadir, con palabras cuya dureza subrayaba un alto sentido de la responsabilidad, que «nadie se opone a las expresiones de simpatía por la triste conclusión de los esfuerzos del presidente (Eisenhower) por llegar a una inteligencia, pero la verdad es desagradable y peligrosa y no se la manejará mejor añadiendo jingoísmo a un mal trabajo de dirección y a una labor descuidada de la Casa Blanca».

Uno de los motivos de más agria censura entonces fué la insistencia en la grave falta en que habían incurrido el secretario de Estado y sus consejeros al no tener informado al presidente Eisenhower sobre los peligros que se podían correr con la celebración de vuelos como el de ese avión en vísperas de la conferencia de la cumbre. Tan grave, a la larga, sería la falta absoluta de información sobre lo que se venía haciendo de ingleses y franceses con anterioridad al día primero de mayo, y, es más, de los países que como Turquía, el Pakistán o Noruega, tenían bases desde las cuales funcionaban esos aviones para el desempeño de misiones sobre las cuales nada en absoluto conocían los aliados de los Estados Unidos, misiones que —hechos posteriores se han encargado de demostrarlo— podrían conducir a situaciones en las cuales estuviese la paz muy comprometida, especialmente por estar al alcance de los proyectiles balísticos soviéticos.

¿Falta de madurez?

Se ha dicho ya que el fracaso de la conferencia de la cumbre, de la misión de Mr. Anderson y Mr. Dillon a la Alemania Occidental y el am-

biente pesado y desconcertante en que se han desarrollado últimamente los trabajos de las Naciones Unidas o la sesión ministerial de la O. T. A. N. de fines de 1960 han creado una situación completamente nueva. La situación resultante, quizá, del convencimiento de que ya no es posible mantener una alianza del tipo de la atlántica en estado operacional cuando empiezan a ser muy discordantes las notas que suenan por su interior. La sola posibilidad de que a espaldas del todo del conocimiento, la acción o la intervención de la casi totalidad de sus miembros se puedan producir hechos susceptibles de atraer sobre ellos tremendas y fulminantes represalias es más que suficiente para pensar en la necesidad de hacer un nuevo y sosegado examen de la situación en su conjunto.

Y más todavía cuando se tropieza con situaciones tan dramáticas como esa de la «crisis del dólar», una de cuyas consecuencias más inmediatas pudiera ser la introducción de cambios radicales en las relaciones de los Estados Unidos con muchos o todos los países asociados en la Alianza Atlántica, o la oferta de poner armamento atómico al alcance de la O. T. A. N. en condiciones que hacen pensar en varias cosas al mismo tiempo: en la posible retirada de las fuerzas armadas norteamericanas hacia posiciones periféricas, no dentro del territorio de la Alianza por Europa, a lo cual habría de seguir un gran cambio estratégico y, caso más importante todavía, un cambio psicológico resultante del convencimiento de que en la era de las armas nucleares y balísticas, la defensa de esas posiciones ya no es posible desde dentro; en la actitud de oposición cerrada del Pentágono a ciertos aspectos esenciales de la nueva política norteamericana esbozada por el secretario de Estado, Christian A. Herter, en la última reunión ministerial de la O. T. A. N.; en el aspecto de negocio de una propuesta a la que iba encadenada la condición de que la O. T. A. N.—o sus países asociados en Europa—adquiriesen en los Estados Unidos un centenar de proyectiles balísticos de mediano radio de acción, del tipo «Polaris», con los que no se espera poder contar para estos fines hasta 1963, cuando posiblemente toda la situación haya sufrido nuevos y más radicales cambios, y, en fin, en la actitud de quienes, con un cambio de gobierno en los Estados Unidos perfectamente definido para dentro de muy pocas semanas—para el 20 de enero—consideraban impolítico el iniciar siquiera negociaciones en serio con una Administración agonizante.

Necesidad de negociación.

La necesidad de la negociación era evidente, sin duda. Lo demostraban cosas como la facilidad aparente con que los Estados Unidos se habían dejado desbordar casi por todas partes. Se había llegado al punto, podría casi decirse, en que algunas de las cosas hechas durante la posguerra habían tenido unos resultados que habían sido demasiado buenos. Bastaría pensar en el éxito memorable del Plan Marshall en el campo de la reconstrucción económica, que ha sido la fuerza que impulsó a la mayor parte de la Europa occidental y acabó colocándola en condiciones tales de prosperidad y desarrollo que los Estados Unidos reclaman ahora alguna ayuda, con la impaciencia del que presiente que no sólo hay ingratitud en el mundo, sino incluso hasta la resistencia a reconocer la importancia de la ayuda que se había recibido en horas críticas; o en la sensación de gran seguridad que ha dado la O. T. A. N. a un complejo industrial que hace sólo una docena de años parecía no sólo estar expuesto a los ataques del comunismo, desde fuera y desde el interior, sino que ni siquiera daba la impresión de quedarle voluntad alguna de resistencia. Pero los Estados Unidos, tan experimentados en eso que se dió en llamar «leapfrogging», marchar a «salto de rana» en la forma en que lo hicieron por el Pacífico en los días de la segunda guerra mundial, pusieron tanta imaginación y tantos recursos en la reconstrucción de un mundo destrozado y en la construcción de infranqueables barreras físicas para la contención del comunismo, que se olvidaron de algo fundamental. Con la atención anclada en el pasado, fija en el empeño puesto en la conservación del «statu quo» salido de la segunda guerra mundial, no se dieron cuenta—o no parecieron darse cuenta, por lo menos—de que era tanto el empeño puesto en la consideración de esas nuevas posiciones que corrían el riesgo de exponerse en el futuro a las consecuencias de una estrategia como la que habían ellos mismos ideado para acelerar fabulosamente el desarrollo de la acción militar contra el Japón. La fortaleza industrial de la Europa occidental estaba intacta y gozando de un estado de prosperidad prácticamente sin precedentes, pero había ya algo más que indicios de que estaba siendo desbordada por los flancos y desde todas las direcciones. Los fantásticos «saltos de rana» del comunismo estaban poniendo en serio, quizá en inminente peligro, todas o la mayoría de las tierras que se extendían más allá de las barreras de contención que habían sido levantadas en una hora crítica y sin cuya posesión o sin el

disfrute de sus cosechas y sus yacimientos mineros ya no habría horizontes para la vida en el interior de la poderosa ciudadela.

¿Se trataba, como se venía insinuando con creciente insistencia, de una demostrada falta de madurez para el desarrollo de necesarias funciones de dirección? No falta quien sintiese cierta malsana satisfacción en recordar a George Bernard Shaw caundo dijo que «Los norteamericanos son la única nación que ha saltado de la barbarie a la decadencia sin haberse hecho civilizada.» El desarrollo de sus recursos inmensos había sido tan rápido que no sólo de la nueva situación en que se encontraban los Estados Unidos podía salir todo lo necesario materialmente para transformar el ambiente en el sentido deseado, que lo mismo podían ser tanques que proyectiles balísticos, trigo, maquinaria o dólares, sino una seguridad tan absoluta en la eficacia de una ciencia y una tecnología desarrolladas hasta el máximo de su potencialidad que esa transformación del ambiente, favorable por entero a los Estados Unidos, era ya irreversible. Los Estados Unidos habían alcanzado un estado de desarrollo ideal. En adelante sería posible entregarse preferentemente al disfrute de las bendiciones de una sociedad opulenta, de eso que ahora está de moda censurar al estilo esbozado por el profesor Galbraith, uno de los consejeros del nuevo presidente de los Estados Unidos, en su *The Affluent Society*. Con máquinas en vez de seres humanos por esclavos, será más fácil hacer que renazcan y se multipliquen los beneficios de la cultura y civilización de la Grecia clásica y con la seguridad que da el saberse inexpugnables se puede dejar a los cerebros electrónicos que vayan resolviendo los problemas estratégicos que pudieran surgir, como se dice que se ha venido haciendo desde hace tiempo en el Pentágono, ese increíble edificio de Washington donde se halla concentrada toda la dirección de los servicios armados del país.

El encuentro con el destino.

No podía cambiar el rumbo de los Estados Unidos porque marchaban, en realidad y con paso inexorable, hacia su encuentro con el destino. Si a los orillas del camino aparecían con frecuencia señales y advertencias, no se habrían colocado por allí, era evidente, para advertencia de quienes, como los norteamericanos, llevaban un rumbo tan fijo y claramente marcado de antemano. No en balde con sus riquezas fabulosas y su iniciativa había sido posible la recreación más bien que la reconstrucción de una Europa occidental que había quedado destrozada por algo más que una guerra que se

había echado encima cuando todavía no parecían haber quedado perfectamente cicatrizadas las heridas abiertas en otro conflicto pavoroso que había estallado pocos años antes. Los resultados de lo que ha sido más bien una demostración de lucidez y alto sentido de la responsabilidad que de un desprendimiento generoso y desinteresado, fueron tan fecundos que había motivos sobrados para pensar que lo único que se podría necesitar para continuar adelante era la concesión de más ayuda. El hecho de que a la ayuda pudiesen acompañar consecuencias no siempre agradables, quizá ni siquiera satisfactorias en contadas ocasiones, no era la demostración de que para el desarrollo de una labor de colaboración eficaz y efectiva podría hacer falta algo más que ayuda. Tan seguros habían llegado a estar los Estados Unidos de sí mismos y de que marchaban siempre camino de esa cita con el destino a que había aludido Franklin D. Roosevelt en una ocasión muy diferente, que cualquier discrepancia o disconformidad que pudiera acabar escuchándose sería atribuible a una de dos razones exclusivamente: a la falta de gratitud, que suele ser demasiado frecuente, o a codiciar una ayuda más amplia todavía que la que acabó traducéndose en valores de la equivalencia de miles de millones de dólares para los principales países de la Europa occidental.

Para el desarrollo económico primero, para la creación de una nueva y poderosa organización militar después, los Estados Unidos concedieron ayuda con tal abundancia y en tal amplitud que sólo a la incomprensión y la ingratitud podían ser achacables las manifestaciones de disconformidad que intentaron, inútilmente al principio, introducir alteraciones en el ambiente de una colaboración demasiado unilateral. Hasta llegar a la actitud retadora del general Charles De Gaulle, que empezó a poner en serio peligro a la Alianza Atlántica, precisamente por la insistencia norteamericana en no modificar lo que la costumbre de los días de John Foster Dulles en el Departamento de Estado había transformado en una colaboración tan incómoda que llevó al naufragio de aquella Comunidad defensiva europea que se hundió en la Asamblea Nacional francesa, en 1954, a pesar de la amenaza de Mr. Dulles de proceder a un *agonizing reappraisal*, y que más tarde se tradujo en la retirada de algunas de las fuerzas que Francia había puesto ya bajo la autoridad de la O. T. A. N. y, es más, a la necesidad norteamericana de sacar de Francia los aviones de bombardeo táctico por la sencilla razón de no permitir ya De Gaulle, que había llegado mientras tanto a la presidencia de la V República, que en suelo francés hubiese armas sobre las cuales no ejerciese control alguno el Gobierno de la nación.

Aquella actitud del general De Gaulle resultaba poco menos que incomprendible, achacable sólo a las «ambiciones desquiciadoras» del hombre que se había convertido en la representación de un anhelo nacional de grandeza que no había encontrado hasta entonces un medio adecuado de expresión. Por eso no se podían alentar actividades como las que buscaban convertir a Francia en una potencia atómica, acentuando y extremando la situación que se había dado con anterioridad, cuando Inglaterra también se empeñó en duplicar lo que había sido logrado ya en los Estados Unidos—con una ayuda británica nada despreciable, en medios materiales y en grandes aportaciones científicas—y por la Unión Soviética. Pero había en el fondo algo más que sueños de grandeza del general De Gaulle, puesto que el empeño dedicado al desarrollo de la potencia nuclear de Francia arrancaba de fechas muy anteriores. De Gaulle apenas hizo más que seguir adelante con lo que estaba no sólo iniciado, sino que había entrado de lleno en la fase de la producción de materiales fisionables. Pero sin encontrar todavía la colaboración norteamericana que hubiese acortado distancias y permitido hacer algunas economías en la realización de un programa sumamente costoso.

Francia, representada por De Gaulle, se sentía no sólo desasistida por una potencia que era aliada además de amiga. Quizá por eso resultó irresistible la tentación que daba un carácter especial a la actitud del presidente De Gaulle al insistir en desligar del mando naval de la O. T. A. N. una porción de la flota francesa del Mediterráneo; al insistir también en que las armas atómicas norteamericanas estacionadas en suelo francés no pudiesen ser utilizadas sin el consentimiento previo del Gobierno francés, y al dar forma a continuación a un programa que no sólo convertiría a Francia en una potencia nuclear, sino que le permitiría entrar en posesión de una «fuerza de ataque» dotada con los medios indispensables para el transporte de sus propias armas nucleares hacia los objetivos previstos en caso de guerra. Francia sólo había retirado la casi totalidad de las fuerzas de tierra que tenía en suelo alemán, al servicio de la O. T. A. N., por necesidades especiales (la guerra de Argelia). Francia se orientaba además francamente en el sentido de desarrollar y aumentar extraordinariamente su propia potencia militar con independencia absoluta de la O. T. A. N., especialmente a partir del momento en que tropezó con seria resistencia el proyecto del general De Gaulle, de creación de un reducido directorio—integrado por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia—no sólo para tener en estudio constante todo lo relativo a la O. T. A. N., sino las más amplias cuestiones mundiales tam-

bién, por partir del principio que cualquier problema que afectase a un miembro de la O. T. A. N., como los Estados Unidos, afectaría a todos los demás, aun en el caso de tratarse de cuestiones tan remotas como la situación en el estrecho de Formosa. Había razones prácticas con que apoyar la actitud del general De Gaulle. Pero por no haberse prestado la atención debida a esas señales y advertencias que se alzaban a las orillas del camino que llevaba a los Estados Unidos a su encuentro con el destino, se produjeron serios tropiezos en los últimos días del año pasado. Vinieron a coincidir casi día por día con la fecha—el 19 de diciembre—en que se cumplía el décimo aniversario del nombramiento del general Eisenhower, el mismo que entonces estaba a punto de terminar sus dos mandatos como presidente de los Estados Unidos, como comandante supremo de las fuerzas de la O. T. A. N. en Europa. ¿Qué importaría más, la angustiosa realidad de una grave crisis en la Alianza Atlántica, o la celebración de un aniversario importante? Casi nadie se acordó del aniversario.

Cambio del centro de seguridad.

El hecho de que hubiese sido tan rotundo el éxito de la obra realizada en esos diez años que pasaron desde que el general Eisenhower volvió a la Europa que había sido escenario de sus mayores triunfos militares acaso no sirva para otra cosa que para hacer más amarga o menos llevadera la atmósfera de incertidumbre de estos momentos en que se trata de convertir a la O. T. A. N. en una potencia atómica, la cuarta o la quinta, según el puesto que se quiera reservar para Francia, donde ya se han producido tres explosiones de prueba con otras tantas bombas de fisión. En vez de buscar el remedio por el único lado que pudiera ofrecer alguna perspectiva para el futuro, el de las limitaciones de las armas nucleares, no sólo se admite como algo fatídico la posibilidad de que dentro de unos cuantos haya una docena o más de potencias atómicas en el mundo, tan grandes como China o tan pequeñas como Israel, sino que se trata deliberadamente de convertir en potencia atómica nada menos que a la O. T. A. N. Quizá para añadir algunas preocupaciones más al mundo, como la preocupación que significaría el saber en la manera en que se le podría dar efectividad, ya que nadie podría considerar satisfactoria la fórmula de la unanimidad que se traduciría en tener quince dedos sobre el gatillo, siempre dispuestos y siempre coincidentes.

La insistencia en no hacer nada que alterase el «statu quo» salido de

la segunda guerra mundial y el proceso de reconstrucción, rápido y memorable a la vez, de la mayor parte de la Europa occidental no ha permitido descubrir a tiempo toda la significación del gran cambio que se produjo en la Unión Soviética desde la muerte de Stalin, que puso fin a la época de los ataques frontales del comunismo empeñado en seguir avanzando, aprovechándose de las circunstancias en que había quedado el mundo y del valor psicológico de la victoria de los aliados sobre la Alemania de Hitler. Ni permitió observar siquiera el desplazamiento gradual que estaba devolviendo hacia Europa el centro de seguridad del mundo occidental dispuesto a no permitir, al menos por ese lado, el continuado avance del comunismo. En la situación neutralizada a que se había llegado en un mundo dominado por las armas nucleares, el gran factor de resistencia contra el avance del comunismo ya no estaba en la potencia militar de los Estados Unidos, como había sucedido en los días en que sólo los Estados Unidos estaban en posesión de la bomba atómica, sino en el desarrollo económico de la Europa occidental que había hecho algo más que restablecer la sensación de equilibrio que había existido en otro tiempo. Con la ayuda de los Estados Unidos para empezar, por supuesto, se había llegado por Europa a una situación en la que las riquezas de los Estados Unidos parecían ser mucho menos fabulosas que en otro tiempo, no precisamente porque estas riquezas hubiesen disminuido en realidad, sino por haber aumentado con tanta prisa las suyas propias.

La situación de desequilibrio que en otro tiempo había hecho fácil la tarea que los Estados Unidos se habían puesto a realizar, casi sin darse cuenta, al asumir la dirección del mundo occidental, no sólo acabó desapareciendo, sino que se fué produciendo un movimiento de compensación que terminó por hacer necesario más bien que recomendable que los Estados Unidos se diesen cuenta de que no sólo su seguridad dependía ya de la Europa occidental, sino que apremiaba el establecimiento de un nuevo sistema de colaboración asentado sobre bases enteramente distintas a todo lo que había existido en los años de la posguerra, las bases de una colaboración entre potencias iguales. Sería preciso negociar más bien que aconsejar o, menos todavía, imponer una determinada línea de conducta, como en realidad había sucedido desde los comienzos del Plan Marshall para acá y de manera muy especialmente durante la media docena de años en que estuvo John Foster Dulles al frente del Departamento de Estado.

Un proceso de revisión es siempre doloroso. Lo es más todavía cuando de esa revisión ha de salir necesariamente un cambio radical en la política

que había situado a una potencia en una posición de vanguardia tan decisiva que hacía innecesaria—a veces parecía que incluso indeseable—toda negociación o consulta previa a cualquiera clase de decisión. La imposibilidad práctica de aceptar esta realidad llevó a Mr. Herter a París para proponer en la reunión del Consejo Ministerial de la O. T. A. N. un programa de rearme atómico para la O. T. A. N. que se asentaba en tres condiciones esenciales, cada una de las cuales debería ser aceptada en sus líneas fundamentales, no negociada:

— Creación de una fuerza estratégica, no táctica, de ataque dotada de armamento nuclear facilitado por los Estados Unidos y sobre la cual acabaría ejerciendo el mando militar de la O. T. A. N. en Europa, un control que en teoría ya no haría necesario el indispensable consentimiento o autorización del presidente de los Estados Unidos para su uso, en caso necesario. Claro que quedaba sin definir con claridad la forma de control y de uso de este armamento atómico, lo que colocaba en una posición de privilegio incuestionable a ese mando militar, que había sido norteamericano hasta entonces y se suponía que habría de continuar siéndolo en el futuro, con lo que tal vez no se produciría una alteración radical en el sistema que había prevalecido hasta estos momentos.

— Colocación por parte norteamericana de cinco submarinos dotados de armamento atómico a disposición de la O. T. A. N. en un futuro no distante.

→ Contratación con las potencias europeas miembros de la O. T. A. N. para la venta de un centenar de proyectiles atómicos «Polaris», a razón de un millón de dólares cada uno, aproximadamente. (Estas dos condiciones estaban estrechamente ligadas y una era consecuencia de la otra.)

Un escudo vulnerable.

La experiencia había demostrado que en los diez años que habían transcurrido desde que el general Eisenhower había sido nombrado primer comandante supremo de las fuerzas armadas de la O. T. A. N. en Europa no se había conseguido, en realidad, convertir esta organización en el escudo que diese a los países que la formaban la protección indispensable para parar el primer golpe de la potencia ofensiva soviética y, de esta manera, conceder al mando aéreo estratégico de los Estados Unidos el tiempo indispensable para lanzarse sobre la Unión Soviética con toda la fuerza de su devastadora potencia nuclear. La idea del escudo era buena, pero no

había tenido plena realización, puesto que de las cien divisiones que en un principio se había propuesto colocar a las órdenes directas del comandante supremo de la O. T. A. N. en Europa, para hacer frente a la acometida, que entonces se consideraba como punto menos que inevitable, del aparato ofensivo soviético formado en torno de 175 divisiones, apenas se había conseguido mantener en pie de guerra más de una veintena. En estos momentos y después de la retirada gradual de la mayor parte de los efectivos militares franceses en la Alemania occidental es posible que todos los efectivos de primera línea de la O. T. A. N. en Europa no pasen mucho de una docena de divisiones. La idea del escudo estaba lejos, por lo tanto, de la realidad. Más lejos todavía estaba la idea de la espada, que con el escudo formaba el concepto esencial de toda la estrategia militar de la O. T. A. N.

La idea de la espada aludía a algo más concreto, sin embargo, al mando aéreo estratégico de los Estados Unidos, la fuerza encargada de atacar la potencia soviética en sus puntos de origen y concentración. La experiencia de diez años ha demostrado, con todo, que no resulta perfectamente satisfactorio un orden de cosas sobre el cual no se ejerce un control directo. Y menos todavía cuando de un proceso de rápida transformación salen situaciones como la que empezó a darse desde el momento en que los progresos balísticos de la Unión Soviética han hecho posible aludir con frecuencia creciente a los cohetes como un arma de represalia instantánea y devastadora y como un formidable instrumento de coacción, por lo menos psicológico. El progreso de la potencia militar de los Estados Unidos empezó a marchar a un ritmo menos rápido, que permitió a la Unión Soviética ser la primer potencia que realizó disparos de prueba con proyectiles balísticos de gran radio de acción, colocó en órbita el primer satélite artificial de la tierra y acabó haciendo blanco con un cohete en la luna, como demostración a un tiempo de la potencia extraordinaria de estas armas y de su mucha precisión. La conquista del espacio exterior podía estar cerca, pero mucha mayor era la significación—y la sensación de apremio también—que tenían los experimentos y las pruebas con esta clase de armas como demostración del alto grado de desarrollo que habían alcanzado en la Unión Soviética unos instrumentos susceptibles de tener una aplicación militar con aterradoras consecuencias.

Cuando se creó la O. T. A. N. el mundo occidental contaba con la enorme ventaja que representaba el monopolio práctico de las armas atómicas que tenían los Estados Unidos. Esto daba sentido y dirección a la cláusula del

Tratado del Atlántico Norte, que establecía que el ataque contra uno cualquiera de sus miembros sería considerado como un ataque contra todos. Había motivos, en tales condiciones, para sentirse seguros. Y ya fuese por esta sensación de seguridad o por la evolución peculiar de los acontecimientos, la O. T. A. N. creó una atmósfera de gran confianza sin tener nunca, hasta ahora, el convencimiento de que se apoyaba en algo más concreto y más tangible que las promesas sobre las cuales se fijaron, por aquellos mismos tiempos, las bases en que se asentó todo el sistema económico y financiero de la Alemania occidental, hoy de una impresionante estabilidad y consistencia. Los miembros europeos de la O. T. A. N. nunca sintieron, en realidad, la necesidad urgente de desarrollar una gran potencia militar de tipo convencional, como se había previsto, hasta alcanzar un centenar de divisiones, porque en los días que se organizó la O. T. A. N. se tenía el convencimiento absoluto de que el adversario jamás correría el riesgo de lanzar un ataque con armas convencionales cuando sabía que sería aniquilado decisivamente por las armas atómicas norteamericanas. El conflicto sería nuclear o no habría conflicto. Así de sencilla era la situación.

Y así, en cierto modo, ha continuado siéndolo desde entonces. Por eso se ha creado y desarrollado una manera peculiar de reaccionar ante una situación que hace pensar en que una guerra de tipo convencional ya no es posible, por lo menos en regiones de vital importancia para uno u otro bando, como sería la Europa occidental o el Oriente Medio, espacios que caen directa o indirectamente dentro del radio de acción de la O. T. A. N. En una situación así es natural que fuesen grandes las resistencias a dar un perfecto desarrollo a los proyectos originales de los Estados Unidos, entre los cuales estaba el organizar en Europa, bajo el mando de la O. T. A. N., una formidable fuerza militar de tipo convencional, lo suficiente para contener cualquier acometida soviética en sus comienzos y evitar con ello que el gran centro industrial de la Europa occidental cayese en poder de la Unión Soviética como consecuencia de un ataque por sorpresa, para crear con ello un estado de cosas que de hecho aseguraría la supremacía económica no menos que militar del bloque comunista, antes de que hubiese podido entrar decisivamente en acción el mando aéreo estratégico norteamericano.

La influencia de Alemania.

Desde el primer momento tropezó con serias dificultades el desarrollo de la potencia militar de la O. T. A. N. en Europa. Primero, por la necesidad de atender ante todo a las tareas más urgentes, las de la reconstrucción y rehabilitación de una economía en ruinas; después por la dirección peculiar de un proceso evolutivo condicionado en parte por la rápida transformación de la Unión Soviética en una potencia nuclear de primer orden y por la marcha de acontecimientos que, como la guerra de Argelia, se traducían en factores de debilidad para la O. T. A. N. No ya por la situación especial en que se encontraba Francia ante la sensación de abandono moral en que la dejaban sus aliadas, al dar a la guerra de Argelia un sentido que Francia no estaba dispuesta a aceptar, por considerarla como un fenómeno exclusivamente interno y en cuyo abundamiento había razones como el hecho de ser considerada Argelia una región incluida dentro del radio de acción de la O. T. A. N., lo cual era admisión táctica de que formaba parte de la Francia metropolitana, según el criterio oficial francés. Tanta importancia o más tenía el hecho de que Francia estaba retirando, sin buscar siquiera el consentimiento de la O. T. A. N., que seguramente nunca le hubiera sido negado, casi todas las fuerzas militares que tenía en la Alemania occidental, a disposición teórica del mando de la O. T. A. N. Se estaba produciendo un debilitamiento en vez del propuesto fortalecimiento gradual que permitiese alcanzar, a plazo fijo, los objetivos mínimos establecidos originalmente. Sólo quedaba un camino a seguir: la transformación de la Alemania occidental vencida y desarmada en una potencia militar de la importancia suficiente para contrarrestar por lo menos el retroceso que suponía ya esa retirada de las divisiones francesas.

Pero el rearme de Alemania estaba llamado a ser un acontecimiento capaz por sí sólo de producir alteraciones básicas en el panorama europeo. La mejor prueba de ello está en la situación a que se había llegado en los días en que esa misión norteamericana a que se ha aludido repetidamente salió para Bonn y en las propuestas hechas por el secretario de Estado, Herter, en la última reunión del Consejo Ministerial de la O. T. A. N. Alemania es ya la primer potencia militar europea de la O. T. A. N. y lo será mucho más el día en que es considere concluido, en un futuro próximo, el proceso de rearme que le permitirá contar, hacia fines de este año, con casi 300.000 hombres de uniforme, bien preparados y bien equipados, el

complemento adecuado para una potencia cuya influencia política está aumentando rápidamente, como corresponde a la posición que ocupa en el centro de Europa, con una larga frontera común con el bloque soviético, y al grado de sorprendente desarrollo económico alcanzado en unos pocos años.

La Alemania occidental ha sido un factor importante, a veces esencial, en un proceso que, situación paradójica, ha venido a situar a la O. T. A. N. en unas condiciones de crisis tanto más llamativas por ser tan fuerte, en la mayoría de los casos, la posición económica y militar de las partes de que se compone. El desarrollo de la potencia militar de la Alemania occidental es tanto más significativo por haber sido tan rápido el proceso de reconstrucción de todo un sistema económico destrozado por la guerra y por ser tan sensacionales los progresos de una industria que, dentro y fuera de Alemania, han transformado radicalmente el mundo de la posguerra y lo han situado, es más, cara a cara con las perspectivas de un meteórico desenvolvimiento de las más escalofrantes posibilidades de la era nuclear. En la Alemania occidental precisamente—y en Holanda—adquirió un desarrollo vertiginoso un proceso centrífugo de extracción de materiales fisionables que había sido descartado en los días iniciales de esta era nuclear, por ser demasiado complicado y costoso. De pronto, el mundo se encontró con que la Alemania que ha contraído el compromiso formal de no dedicarse a las actividades atómicas con fines militares se encontraba en condiciones de transformarse casi a la mañana siguiente en una potencia nuclear. Seguramente que podría hacerlo con mayor rapidez y en mejores condiciones en que al parecer lo estaba haciendo Israel, donde se encontraba en un estado de construcción muy avanzado un gran reactor nuclear que, destinado aparentemente sólo a fines pacíficos, reunía, sin embargo, la alarmante propiedad de ir produciendo cantidades de plutonio, un material fisionable capaz de ser transformado no sólo en una bomba atómica como la que destruyó la ciudad de Nagasaki, sino en el dispositivo detonador de una bomba H. Al mismo tiempo que el nuevo reactor israelita, con una potencia de 24.000 kilovatios, generase electricidad iría produciendo también plutonio en cantidades suficientes para poder explotar, en un plazo de acaso dos años, una bomba atómica.

La posibilidad—es más, la probabilidad—de que no tardase en llegar el día en que fuese no sólo inevitable, sino incluso aconsejable la transformación de la Alemania occidental en una potencia nuclear fué una de las razones que indujeron a los Estados Unidos a presentar a la O. T. A. N. un

proyecto en el que se había pensado desde hacía tiempo, pero que estaba, con todo, poco desarrollado todavía. No era extraño, puesto que en sus características esenciales apenas podría entrar en práctica antes de 1963. Entonces, ¿por qué se hizo una propuesta que quizá hubiera sido mejor dejar para la nueva Administración, a punto ya de entrar en acción, puesto que se tenía todavía mucho tiempo por delante?

La respuesta está en la situación peculiar en que se encontró el mundo en los pocos meses que mediaron entre la elección y la toma de posesión de John F. Kennedy como presidente de los Estados Unidos, al término de los dos mandatos de Eisenhower y en los efectos resultantes del fracaso de la misión de los señores Anderson y Dillon a la capital de Alemania. Y también en la creciente rivalidad política entre Bonn y París, consecuencia de una conjunción de factores en los que había tenido gran influencia la rivalidad de dos bloques económicos en formación, el Mercado Común Europeo, integrado por Francia, Italia, la Alemania occidental y los tres países del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo), y la Asociación Europea de Libre Comercio o E. F. T. A., en la que estaban asociados los tres países escandinavos, Inglaterra, Austria, Suiza y Portugal (con la posible adhesión o incorporación de otros más, entre ellos Finlandia). Más importante quizá sería la consecuencia del fortalecimiento de Alemania, económica y militarmente, y el debilitamiento militar de Francia, por lo menos en relación con la O. T. A. N., resultante de la continuación de la guerra de Argelia, que hacía tiempo que había entrado en el séptimo año, circunstancia que bastaba para pensar en que apenas si podría tener una solución más favorable que la todavía reciente guerra de Indochina, de características no todas ellas disimilares. Esta situación de creciente alteración de valores diversos, políticos sobre todo, estaba tomando forma en un proceso de polarización hacia dos conceptos encontrados, el de la «Europa de las patrias» del presidente De Gaulle y el de la Europa integrada del canciller Adenauer. De un lado estaba la integración, primero económica, a continuación—e inevitablemente—política; del otro, una federación en la que cada una de las partes componentes conservaría todos los derechos y los privilegios de la soberanía nacional en el campo de la acción política, aun en el caso de hacer grandes concesiones en el campo de las relaciones económicas.

Un poderoso estimulante.

La transformación de la O. T. A. N. en «la cuarta potencia nuclear» del mundo—o en la quinta—tendría una influencia decisiva sobre el futuro inmediato y sería a la vez un poderoso estimulante que no sólo hiciese posible la salida de la Alianza Atlántica del estado de crisis en que había caído, sino que impulsaría un formidable desarrollo en el futuro, lo suficiente para contrarrestar el ambiente de pesimismo y desconfianza a que había conducido la sospecha de que los Estados Unidos estaban decididos, de hecho, a iniciar un proceso de retirada gradual de sus tropas estacionadas en Europa. También permitiría, al mismo tiempo, introducir alguna alteración favorable en el acusado déficit norteamericano en su balanza de pagos, la causa inmediata de eso que se dió en llamar la crisis del dólar. A la vez que comprometería a los países miembros de la O. T. A. N. al incremento de un esfuerzo militar más a tono con lo que los Estados Unidos estiman que es una necesidad constante.

En los Estados Unidos se tiene la impresión no sólo de que la mayoría de los países miembros de la O. T. A. N. están lejos de cumplir lo prometido cuando se formó la Alianza Atlántica, sino que sienten en algunos casos una tendencia poco menos que irresistible a reducir sus respectivos presupuestos militares. O, en cualquier caso, a no aumentarlos a un ritmo que guarde relación con un ambiente en estado de creciente desarrollo. Esto hace que sea desproporcionado el peso que llevan los Estados Unidos, una potencia que invierte alrededor del 11 por 100 de la renta nacional bruta en las tareas defensivas (46.194 millones de dólares en 1960), en comparación con lo que se hace en otros países: el 8,9 por 100 en Francia (18.959 millones de francos nuevos), el 7,7 por 100 en Inglaterra (1.673 millones de libras esterlinas), el 5,5 por 100 en la Alemania occidental, el 6 por 100 en Grecia, el 6,1 por 100 en el Canadá, el 3,8 por 100 en Bélgica, el 3,2 por 100 en Dinamarca, el 4,1 por 100 en Italia, el 4,3 por 100 en Holanda, el 4 por 100 en Noruega, el 4,5 por 100 en Portugal y el 5 por 100 en Turquía.

Traducidos estos gastos a este tipo de estadística la disparidad es grande, sin duda. Una disparidad que tiende a ser mayor si se tienen en cuenta datos de otra clase, como la tendencia constante en Inglaterra a ir reduciendo los efectivos militares de todas clases, en particular los del ejército de tierra, que es uno de los que mayor preocupación ofrecen a los Estados Unidos,

ahora que se afirma el convencimiento de que es de equilibrio, aunque sea el equilibrio del terror, la situación a que se ha llegado en materia de armamento atómico. Hubo un tiempo en que todo se reducía, en definitiva, a expresiones como las «represalias en masa», con armas atómicas. Ese tiempo ha pasado, sin embargo, y ahora se vuelve a conceder una mayor importancia al armamento y las formaciones militares de tipo convencional, aun cuando lo suficientemente modernizadas para tener la posibilidad por lo menos del recurso de las armas atómicas tácticas, en caso necesario. En los Estados Unidos, que no se inclinan a dar el menor crédito a las repetidas declaraciones soviéticas sobre las reducciones en gran escala de sus efectivos militares, expresadas en cosas como el licenciamiento de más de un millón de soldados a lo largo del último año, y las afirmaciones sobre una gran poda en el presupuesto de las Fuerzas Armadas (compensada acaso más que ampliamente con un fuerte aumento en otros presupuestos, como el de las actividades científicas, en el que se incluyen cosas como los vuelos espaciales de una importancia y significación militares fáciles de comprender), ha producido gran incomodidad la insistencia británica no sólo en volver a la norma tradicional de un Ejército de tierra exclusivamente profesional, sino la facilidad con que se ha aceptado una reducción necesaria de sus efectivos. Necesaria porque la gente no responde a los llamamientos que se le hacen.

Ya se han hecho los últimos llamamientos a filas obligatorios, por una duración de año y medio, y en el futuro el Ejército inglés tendrá de 165.000 a 180.000 hombres en total, de acuerdo con la afluencia de voluntarios a los centros de reclutamiento.

Algo parecido está sucediendo en Bélgica, donde los planes para 1961, preparados con anterioridad al programa de austeridad que introduce fuertes economías en los gastos militares, hablaban de una reducción de los efectivos militares en 25.000 hombres. Durante este año sólo serían llamados a filas 11.000 nuevos soldados, con lo que los efectivos de su Ejército serían de 122.786 hombres.

Sólo la Alemania occidental, de entre los miembros europeos de la O. T. A. N., se encontraba en la fase de una rápida expansión de su naciente potencia militar. Y esto no era visto siempre con entera satisfacción, a pesar de acontecimientos tan extraordinarios como la iniciación reciente del programa de colaboración con Francia que hizo posible una nueva «invasión» militar alemana del territorio francés, esta vez en son de paz y de una colaboración militar activa. La «penetración», que se hizo de noche, para

llamar menos la atención, se produjo por la misma región por donde años atrás avanzaron resueltamente las divisiones «Panzer» dispuestas a envolver rápidamente la Línea Maginot. Por Mourmelon-le-Grand, a unos 150 kilómetros al este de París, donde en un tiempo hubo un cuartel de la Wehrmacht hay ahora terrenos de una superficie de 6.000 hectáreas destinadas al entrenamiento y ejercicios de un ejército que se encuentra ya en estado de gran desarrollo y que ha hecho posible que se aludiese, medio en broma medio en serio, a «la cuarta invasión de los boches en 90 años».

Una «invasión», digno es de ser tenido en cuenta y repetido, de signo completamente distinto a todo lo que ha caracterizado en el pasado las relaciones entre Francia y Alemania. Y al naciente Ejército alemán se están dando facilidades parecidas en otros países miembros de la Alianza Atlántica, señal clara de que existe un ambiente favorable a la cooperación activa en condiciones acaso únicas hasta ahora, por lo menos en tan amplia escala. A pesar de lo cual no resulta fácil disipar dudas y recelos y un cierto temor a que Alemania vuelva a verse transformada en una gran potencia militar capaz de ejercer una influencia decisiva en la marcha de los acontecimientos futuros, en la Europa occidental en cualquier caso, quizá en un escenario más amplio todavía.

La integración en la O. T. A. N.

A esto han respondido en un pasado reciente los grandes esfuerzos encaminados a la integración de la Alemania occidental en la O. T. A. N., con la esperanza de que esas fuerzas armadas de reciente formación, la llamada «Bundeswehr», perdiesen el carácter nacional que siempre ha tenido un ejército. Durante algún tiempo se creyó que esto sería posible y, es más, relativamente fácil de conseguir, aun cuando una tentativa anterior en el mismo sentido, la que buscaba formar la Comunidad Defensiva Europea, había tropezado con la oposición decisiva de Francia. Con la decidida importancia militar de Francia en la O. T. A. N., capaz de ser muy aumentada en el caso de verse convertida en una potencia nuclear, al igual que los Estados Unidos e Inglaterra, ambos miembros también de la Alianza Atlántica, y el refuerzo que sin duda representaba la presencia de las aportaciones militares de otros miembros europeos, el papel de Alemania sería relativamente minoritario, por lo menos durante bastante tiempo. Pero las cosas empezaron a cambiar radicalmente antes incluso de que terminase la fase inicial del rearme alemán. Lo que se esperaba en un principio que fuese un

problema de solución relativamente fácil, la guerra de Argelia, se fué alargando, complicando y haciendo pesadamente costoso, tanto que hacia Argelia fué trasladada la mayor parte del Ejército francés, con la retirada prácticamente de todo lo que había sido puesto a disposición de la O. T. A. N., mientras las cargas presupuestarias han acabado por oscilar, en los seis años largos de conflicto armado, entre los 50.000 y los 200.000 millones de pesetas anuales.

Se fué debilitando la posición de Francia y aumentando, en consecuencia, la importancia de la participación alemana, hasta el punto de verse ya convertida en el factor principal, desde el punto de vista puramente militar, de la aportación europea a la O. T. A. N. Cuando quede concluida la fase inicial del rearme alemán, dentro de un par de años como máximo, según los planes actuales—hasta ahora desarrollados con gran rapidez y aparente facilidad—la aportación militar alemana a las fuerzas de la O. T. A. N. en Europa será, con sus doce divisiones, igual por lo menos a la de todos los demás miembros europeos, incluidas Francia, Inglaterra e Italia, y quizá bastante mayor aún. No falta quien piense ya en una O. T. A. N. de tal modo dominada por la Alemania occidental que pudiera incluso transformarse en una manera práctica de aumentar considerablemente la potencia militar de la resurgida nación. El hecho de que haya sido nombrado un general alemán para la presidencia de la comisión militar permanente de la O. T. A. N., con sede en Washington, es considerado como una demostración más de que la Alianza Atlántica ha entrado en algo más que una situación de crisis. Ha entrado también en un curioso proceso evolutivo que hace pensar en que la posición militar de la Alemania occidental está predestinada a llenar de nuevo por Europa funciones de la mayor importancia. Esta ha sido una, solo una, de las razones que han impelido a los Estados Unidos a presentar, con demasiada prisa, un proyecto que ha sido recibido con reservas o con recelo en casi todas partes menos en la Alemania occidental. Es un proyecto expuesto sólo en líneas generales, como se dice más arriba, y uno de cuyos aspectos menos favorables será un gran aumento en las cargas presupuestarias de la mayor parte de los países miembros de la O. T. A. N. No sólo para hacer frente al compromiso de adquisición de un centenar de proyectiles balísticos «Polaris», para empezar, sino para el continuado desarrollo de un plan que aspira a transformar la O. T. A. N. en un bastión militar tan poderoso que deje de ser considerado como una posición militar vulnerable. De esta manera sería posible pensar con tranquilidad en la acentuada reducción de los gastos militares de los Estados Unidos

por el exterior, mediante la retirada gradual de fuerzas armadas y el abandono escalonado de algunas, por lo menos, de las bases militares construídas por mucha de la periferia del bloque comunista.

Una carga insoportable.

No ha sido todo improvisación en las propuestas hechas por los Estados Unidos en la última reunión ministerial de la O. T. A. N. Hace un año casi que el secretario de Estado norteamericano habló de la necesidad de un programa audaz en el que se vislumbraban alteraciones radicales en la organización y hasta en los objetivos de la Alianza atlántica. Era ya general la impresión de que se había quedado estancada en un ambiente en estado de cambio y transformación constantes. De continuar como hasta entonces estaría condenada a seguir la misma suerte de otras alianzas desde los días de la Confederación de Delos para acá. A falta de tensiones militares que justificasen su permanencia estaría predestinada, en el mejor de los casos, a ir arrastrando una vida de burocrática indolencia. Y eso sólo mientras los Estados Unidos estuviesen dispuestos a sostenerla con cosas tan decisivas como el hacer frente a un alto porcentaje de sus gastos, el mantener grandes contingentes armados en la Europa occidental y el sostener programas como el de las compras «off shore», los contratos negociados con distintos países para la adquisición de una buena parte del material y abastecimientos que formaban parte de la contribución norteamericana al sostenimiento de la Alianza Atlántica. Todo esto, junto con otros factores, como los programas de ayuda económica y militar de los Estados Unidos a otros países esparcidos por una gran parte de la superficie de nuestro planeta, servía para ir desequilibrando lentamente la balanza de pagos de los Estados Unidos y crear así una situación que hasta una fecha todavía reciente hubiera parecido prácticamente imposible.

En los tres últimos años sobre todo, los Estados Unidos habían tenido un déficit acumulado en su balanza de pagos del orden de los 10.000 millones de dólares, una suma que explica en parte la salida constante de grandes partidas de oro de las reservas acumuladas en los Estados Unidos, que en los momentos de mayor volumen, hace una veintena de años, habían llegado a tener un valor de casi 25.000 millones de dólares, para quedar reducido a fines de 1960 en bastante menos de 18.000 millones. Al mismo tiempo, las reservas oro de algunos países de la Europa occidental, que habían desaparecido casi por completo en los años de la segunda guerra

mundial y en los de la posguerra inmediata, habían ido subiendo en los últimos años en forma sencillamente espectacular. Entre Inglaterra, Francia, Italia y la Alemania occidental habían conseguido acumular reservas en oro, dólares y otras divisas extranjeras por valor de más de 15.000 millones de dólares y la mitad aproximadamente estaba en poder de la República Federal Alemana.

Los Estados Unidos necesitaban aliviar el peso de la carga que habían asumido por el exterior, consecuencia del fantástico desarrollo de su potencia y de sus intereses, por razones diversas. Algunas de ellas eran consecuencia directa de los sensacionales progresos de la ciencia y la tecnología; otras eran de carácter financiero principalmente, y muchas participaban, en fin, de ambas cosas a la vez. La ciencia y la tecnología hacían necesaria la expansión de las armas nuevas, pero cada uno de los proyectiles blísticos que estaban siendo fabricados costaba mucho más de lo que hubiera representado el valor de todo su peso transformado en lingotes de oro fino.

También a esto se le quiso buscar solución en forma apresurada, como si en los momentos mismos en que la Administración de Eisenhower llegaba a su vencimiento sintiese la necesidad de poner un poco en orden las cosas de una casa que no habían recibido especial atención desde hacía largos años. Y sin pensar en las consecuencias que estuvieron a punto de enfriar peligrosamente las relaciones con la Alemania occidental, tan íntimas y cordiales desde antes de la llegada del general Eisenhower a la Casa Blanca. Ni en los trastornos que pudieran resultar para la Alianza Atlántica en general.

Se hizo popular el dicho de que durante la semana de las negociaciones de Anderson y Dillon en Bonn, en la última mitad del pasado noviembre, el canciller Adenauer y el profesor Erhard, su ministro de Economía, pedían todas las noches al Señor, al ir a la cama, que les aliviase del mucho peso de sus cruces de oro. Hablar de un «cruz de oro» tiene una significación especial en los Estados Unidos desde los días de William Jennings Bryan, el fogoso político que en los años finales del siglo pasado fulminaba contra los defensores del patrón oro, sostenía la necesidad de colocar a la plata en un nivel de paridad y afirmaba, increpando a sus enemigos, simbolizados por Wall Street y la Banca Morgan, que «no crucificaréis a la Humanidad en una cruz de oro». Por culpa de «cruces de oro» estaban corriendo el peligro de un serio enfriamiento las relaciones entre los Estados Unidos y la Alemania occidental, unas relaciones que habían empezado a sufrir algo

en el momento de conocerse los resultados de las recientes elecciones presidenciales norteamericanas, con la victoria del candidato demócrata. El canciller Adenauer no había puesto especial empeño en ocultar la poca estimación que le merecía un candidato en el que había más condiciones poco recomendables que no ser excesivamente joven para ocupar un cargo de la importancia del presidente de la mayor potencia que había conocido el mundo.

En los Estados Unidos se había empezado a oír hablar de algo que parecía sencillamente increíble, de austeridad. Eso hubiera sido natural en el ambiente inglés de los días que siguieron inmediatamente a la terminación de la segunda guerra mundial, cuando apenas había más que ruinas y devastaciones hacia donde quiera que se volviese la vista. O en Bélgica, por estos mismos días, cuando es necesario hacer frente a las consecuencias de la pérdida de una colonia tan vasta y tan rica como el Congo, que había condicionado la vida de la metrópoli durante casi un siglo y había contribuido decisivamente a crear condiciones especialmente favorables para su desarrollo. Pero ¿se podría encontrar justificación alguna para insistir tanto y a última hora en la necesidad que tenían los Estados Unidos de adoptar, con mucha prisa, rigurosas medidas de austeridad en sus relaciones con otros países?

No sólo los Estados Unidos enviaron una misión a Bonn para pedir una colaboración activa en la tarea que hasta entonces habían realizado los Estados Unidos casi exclusivamente, la prestación de ayuda a otros países necesitados y para aliviar a los Estados Unidos de la mayor parte de la carga económica que representaba la presencia de unos 250.000 soldados norteamericanos estacionados en suelo alemán. Casi al mismo tiempo la Casa Blanca dió instrucciones para que se tomasen las medidas oportunas para la aplicación, a partir de los comienzos del año nuevo, de un programa destinado a dejar reducidos a menos de la mitad los 487.000 familiares del personal militar norteamericano que habían establecido residencia temporal en el extranjero. En el plazo de dos años, estos familiares no deberían pasar de los 200.000.

Proceso de repliegue.

Se sentía la necesidad urgente de reducir mucho los gastos militares de los Estados Unidos en el exterior, que de unos 3.000 millones de dólares anuales se esperaban que no pasasen mucho de los 2.700 millones en el año

fiscal de 1961, que termina el 30 de junio próximo. Pero no era esa la única partida desfavorable en la balanza de pagos norteamericana. Había otras, como los gastos efectuados por los turistas norteamericanos en el exterior, de unos 1.600 millones de dólares anuales y, sobre todo, las inversiones privadas y la ayuda económica norteamericana al extranjero, en particular y desde hacía años a los llamados países subdesarrollados.

Pero, se podría preguntar, ¿había llegado a ser tan angustiosa la situación en que se encontraban los Estados Unidos? Y, es más, un proceso de repliegue, por lo menos financiero, como el que se esbozaba, ¿no acabaría afectando de una manera directa y real la posición que los Estados Unidos habían llegado a ocupar en el mundo?

Casi al mismo tiempo que Mr. Dillon, entonces subsecretario de Estado para asuntos económicos y ahora secretario de la Tesorería con la nueva Administración formada como consecuencia de la elección de Kennedy como presidente, confesaba que en la situación en que se encontraba, al fracasar la gestión que les había llevado a Bonn, a él y a Mr. Anderson, le «faltan palabras» para expresar todo lo que sentía, se publicaba en los Estados Unidos el informe de la Comisión de Objetivos Nacionales designada por el presidente Eisenhower en febrero de 1960. Después de un estudio a fondo de la situación en que se encontraban los Estados Unidos en los comienzos de la segunda década de la segunda mitad del siglo XX, esta comisión, formada por altas personalidades de la vida económica, financiera, cultural y política de la nación, bajo la dirección del presidente honorario de la Universidad de Brown, Henry M. Wriston, había llegado a conclusiones como éstas:

Los Estados Unidos deberán continuar prestando apoyo a las Naciones Unidas y a las organizaciones económicas internacionales, idear nuevas formas de cooperación y estimular a «números mucho mayores de norteamericanos capacitados para que vivan y trabajen en el exterior». El desarrollo de una política de esta clase, tan distinta de la que se venía ya esbozando como un claro proceso de repliegue, era absolutamente necesario por «obligarnos nuestros principios e ideales a prestar ayuda a las nuevas naciones», decía este informe, y por exigir la amenaza del comunismo «más eficaces contramedidas». Por ejemplo, la «agresiva hostilidad» de la China comunista requiere el fortalecimiento urgente de las defensas por el Pacífico y de los aliados de los Estados Unidos por esa parte del mundo, para todo lo cual harían falta mayores partidas en el presupuesto de ayuda al exterior.

«Nunca ha sido el hombre un islote aislado por completo—añade este informe—. Las orillas de sus preocupaciones se han ido ensanchando desde su inmediata vecindad hasta incluir a toda la nación y desde su nación al mundo entero. Los hombres libres han sentido siempre la necesidad de la responsabilidad. Una meta esencial de cada norteamericano está en el alcance de un sentido de responsabilidad tan ancho como sus preocupaciones mundiales y tan imperioso como los peligros y las oportunidades a que está haciendo frente.»

Es un tanto paradójica, sin duda, la situación en que se encuentran los Estados Unidos en los momentos en que una Administración cede el paso a otra, lo que pudiera significar un cambio de política que no dejará de tener consecuencias por afectar casi exclusivamente a cuestiones de detalle más bien que de fondo. Los compromisos, las obligaciones y los intereses de los Estados Unidos por la totalidad del mundo que se encuentra más acá del telón de acero y la cortina de bambú son de tal naturaleza y amplitud que ya no son posibles modificaciones básicas en la política sin que al introducir las deje de correrse el riesgo de provocar grandes y graves trastornos que a nadie podrían interesar menos que a los propios Estados Unidos.

La posición de los Estados Unidos en el mundo está reflejada en los datos recogidos en un reciente estudio sobre las inversiones de los Estados Unidos en otros países.

El valor total de las inversiones norteamericanas en el extranjero subía en 1959 a 64.779.000.000 de dólares, contra los cuales había inversiones extranjeras en los Estados Unidos por un valor de 40.658.000.000 de dólares, de todo lo cual resultaba un balance neto favorable a los Estados Unidos de más de 24.000 millones de dólares. Es una suma fantástica y que está creciendo a diario. Las inversiones anuales privadas de los Estados Unidos en el extranjero son de unos 3.000 millones de dólares, una suma demasiado abultada para ser hecha por una nación en situación financiera tan crítica como se ha querido indicar en los momentos en que se pedía a la Alemania occidental lo que a estas alturas parecía inconcebible: que hiciese frente a los gastos incurridos por la presencia de tropas extranjeras cuando se estaban liquidando precisamente las últimas—y ya muy pequeñas—partidas que eran la continuación en cierta forma modificada de los gastos de ocupación establecidos en los días que siguieron inmediatamente a la terminación de la guerra. Los Estados Unidos habían empezado por renunciar voluntariamente a recibir compensación alguna por estos gastos y al mismo

tiempo habían prestado a la Alemania occidental ayuda por un total que llegó a pasar de los 3.000 millones de dólares, ayuda sin la cual hubiera sido mucho más duro y lento el camino de la reconstrucción y modernización del aparato industrial que ha transformado a esta nación, una porción nada más de lo que era Alemania antes ya de iniciarse la expansión por tierras de Checoslovaquia y Austria, en una de las mayores potencias económicas de nuestros días. Tan enorme ha sido este desarrollo que la Alemania occidental ha conseguido desplazar a Inglaterra del segundo puesto que venía ocupando, después de los Estados Unidos, por el volumen de sus relaciones comerciales con los demás países.

Los Estados Unidos siguen siendo no sólo la primer potencia económica del mundo, con intereses e inversiones esparcidas por los rincones más remotos de nuestro planeta y, por lo tanto, con obligaciones también no menos anchas y profundas, sino la potencia de más alto nivel de vida. Con 57.000.000 de automóviles para una población total de poco más de 180 millones de hombres, mujeres y niños, y con una renta nacional que es el doble, aproximadamente, del total de las tres o cuatro mayores potencias económicas de la Europa occidental juntas, hay motivos para pensar que la crisis del dólar es algo especial, en el caso de existir.

Más dinero para Alemania.

Al mismo tiempo que se había intentado arrancar de la Alemania occidental el compromiso de prestar a los Estados Unidos una ayuda considerable continuaba la corriente emigratoria del dólar en condiciones y en cantidades que hacían pensar en que era inoportuna, por lo menos, la decisión de plantear en forma tan aguda la necesidad en que se encontraban los Estados Unidos de obligar a otras potencias a que compartiesen con ellas las cargas de una pesada obligación internacional. A menos que se prefiriese ver el comienzo de una operación de repliegue que llevase a una consecuencia lógica el proceso que había empezado unos meses antes con la decisión de cerrar tres grandes bases aéreas en los propios Estados Unidos, por razones económicas no menos que como consecuencia de los cambios introducidos por el desarrollo creciente de las armas balísticas. Una operación de repliegue de esta naturaleza estaría llamada a tener anchas y graves consecuencias en muchos países, políticas ya más bien que financieras y económicas en general, puesto que en Inglaterra, Francia, Italia, la Alemania occidental, etc., existían ya condiciones de gran desarrollo y general pros-

peridad que hacían pensar en que las consecuencias de poner fin a gastos militares norteamericanos que casi nunca pasaban de algunos cientos de millones de dólares apenas se dejarían sentir en un sentido o el otro. Más importantes serían las consecuencias políticas, sobre todo el formidable crecimiento de la influencia del bloque soviético, ya poderosamente desarrollada en muchas porciones del mundo.

Pero, se oía preguntar con frecuencia, ¿estaba eso justificado cuando continuaba la exportación de capitales norteamericanos en gran escala? Al mismo tiempo que el Gobierno norteamericano pedía ayuda a la Alemania occidental se estaba ultimando una operación financiera para la adquisición de una minoría de las acciones, menos del 45 por 100, de la casa Ford en Inglaterra con un desembolso de casi 360 millones de dólares, la mitad por lo menos de lo que se pretendía conseguir en Bonn. Y durante ese mismo año habían continuado a buen ritmo las inversiones de capital privado norteamericano en la misma Alemania occidental, que en 1959 habían subido a 795 millones de dólares, bastantes más que el año anterior, cuando habían importado 666 millones de dólares.

No era fácil imaginarse, pues, el cuadro que Mr. Anderson trataba de presentar en la Alemania occidental y en otros países, de una nación empobrecida como resultado de la ayuda que venía prestando a otros países. Ni tampoco la situación que se había traducido en comentarios como éste, de un diario norteamericano, en el que se increpaba a «la ingrata Alemania que, cuando se encontraba postrada en tierra, recibió donativos de 3.000 millones de dólares y que ahora, cuando está echando grasa por todas partes, se niega a saldar una deuda de honor».

Podía ser incómoda la conclusión que llevaba una aparente falta de solidaridad por parte de las naciones que tanto debían a los Estados Unidos. Una deuda material contraída podría ser liquidada en cualquier momento. El Gobierno alemán estaba perfectamente dispuesto, por su parte, a hacer pagos importantes, empezando por uno de 600 millones en calidad de saldo anticipado de una deuda con los Estados Unidos que en total subía a unos 800 millones de dólares. Pero con la esperanza de que al mismo tiempo los Estados Unidos mostrasen una mejor disposición que en el pasado para la liquidación de las propiedades alemanas que habían sido confiscadas en los días de la segunda guerra mundial y que se habían convertido en una causa permanente de fricción, aun cuando no muy importante. El Gobierno alemán estaba dispuesto también a aumentar considerablemente las compras de material militar norteamericano para la «Bundeswehr» y a hacer

pagos voluminosos y por adelantado, del orden de los 200 millones de dólares.

De esta manera podría aumentar considerablemente el saldo favorable de las relaciones comerciales de los Estados Unidos con otros países, que ya en 1960 se esperaba que no fuese inferior a los 4.000 millones de dólares. Es más, durante este último año se había advertido una renovada tendencia al aumento de la diferencia entre las exportaciones y las importaciones, una situación que había amortiguado mucho los efectos desfavorables de una tendencia a eso que se ha dado en llamar la recesión y que había hecho subir el paro a más de cuatro millones de personas, alrededor ya del 6 por 100 del censo trabajador del país.

Proceso de liquidación.

No bastaba con esto. Apenas habían regresado a los Estados Unidos los señores Anderson y Dillon, con las manos en los vacíos bolsillos, salió para Bonn una nueva misión noretamericana, compuesta por dos altos funcionarios del Departamento de Defensa, Mr. Henry Kuss y Mr. Ben Forman, para estudiar las posibilidades de aumentar las compras alemanas de equipo militar. Casi al mismo tiempo se daban los últimos toques para la fabricación en Europa de aviones norteamericanos destinados a la O. T. A. N., con una inversión hecha por tres países europeos en colaboración con los Estados Unidos, de 1.500 millones de dólares. La aportación norteamericana sería de sólo 140 millones de dólares, a pesar de que los beneficios que saldrían de ella serían principalmente para los Estados Unidos. Al mismo tiempo se estaban introduciendo otras alteraciones importantes en el presupuesto de la O. T. A. N., en particular el de infraestructura, que hasta ahora había sido soportado en buena parte, en un 37 por 100, por los Estados Unidos. En adelante la aportación norteamericana se reduciría al 20 por 100, a tiempo que la alemana pasaría del 13,5 al 20 por 100 y subiría también, en menor escala, la de algún otro país miembro, a tiempo que se hacían algunas reducciones en la participación de países que, como Bélgica, pasaban por una situación nada opulenta. Poco a poco se iría equilibrando un estado de cuentas al que no se había prestado especial atención hasta ahora, a pesar de que arrojaba un saldo deficitario desde los comienzos mismos de la década anterior, con pocas excepciones, que había aumentado espectacularmente en los tres últimos años. No se podría sostener, sin duda, una situación así con carácter indefinido, pero tampoco era una cuestión

que reclamaba una solución urgente. Y menos todavía cuando estaba a punto de terminarse un mandato presidencial para dar comienzo a otro. El momento pudiera ser inoportuno, en parte porque algunas por lo menos de las concesiones básicas que pudiesen estar dispuestos a hacer países como la Alemania occidental sería preferible dejarlas para después de la toma de posesión del nuevo presidente, con miras quizá a borrar las malas impresiones producidas en los días de la campaña electoral, cuando parecía que hasta el nombre mismo de Mr. Kennedy resultaba ser poco agradable. Y en parte también por el efecto psicológico de medidas como la orden de reducción del personal civil norteamericano dependiente de los militares estacionados en el extranjero, que se tradujo en una baja de la moral casi instantánea. A ello aludió concretamente el general Maxwell D. Taylor, que había sido jefe del Estado Mayor del Ejército norteamericano, al decir: «No sé cuántos años ha pasado alejado de su familia el secretario de Defensa, Thomas S. Gates, pero en el curso de dos guerras yo pasé cinco años alejado de la mía y mi moral era endiabladamente mala. No es posible retener hombres buenos en la profesión militar cuando llega a ser necesaria la separación de sus familias en tiempos de paz.»

Se había llegado a crear, un poco artificialmente, una situación delicada y, a menudo, incomprensible incluso. Una situación como la que se reflejaba en la carta escrita al director de una publicación muy leída, en la que se decía: «Hay algo evidentemente malo en nuestro Gobierno, ya sea democrata o republicano, cuando gastamos millones de dólares en una isla (Formosa) a miles de kilómetros de distancia de nuestras orillas y perdemos a otra (Cuba) a sólo 150 kilómetros al sur de la Florida.»

En los momentos mismos de ceder una Administración paso a otra se esbozaban cambios de política tan radicales que parecían estar llamados a tener hondas repercusiones, desfavorables muchas de ellas, en todo el frente occidental. Con consecuencias quizá dramáticas, lo suficiente en cualquier caso para que de ellas se aprovechara el bloque comunista, la Unión Soviética en particular, que se había convertido en un motivo de seria preocupación no sólo por lo que estaba haciendo por el Sudeste asiático, por Laos especialmente, tan incómodo para los Estados Unidos, sino a las puertas mismas de entrada por uno de los lados, el que estaba asomado al Mar de las Antillas.

El panorama de la posguerra llevaba tiempo evolucionando, sin duda. Los grandes cambios que se pusieron de manifiesto con el fracaso de la conferencia de la cumbre, consecuencia directa del incidente del avión «U-2»,

la crisis del dólar y el estado de confusión que prevalecía en los medios de la O. T. A. N., no eran la obra de un momento. Pero esto no hacía más llevadera una situación tan incómoda como la producida por una creciente competencia soviética en casi todos los campos, el político, el económico, el social y el convencimiento de que ya los Estados Unidos no podrían continuar ejerciendo por tiempo indefinido la misma influencia que en los días en que la ayuda norteamericana era poco menos que absolutamente indispensable para la supervivencia de la mayor parte de la Europa occidental amenazada por el comunismo desde fuera y desde dentro. A medida que se fué alejando el peligro más inmediato fueron surgiendo también condiciones favorables a la reconstrucción de Europa en más sentidos que uno. Había una reconstrucción moral a la vez que física y una reafirmación de la personalidad que no se resignaría a seguir manteniendo indefinidamente una posición secundaria, la posición del que sigue, no del que marcha a la par, por mucho que se hubiese insistido en que organizaciones como la O. T. A. N. eran asociaciones entre iguales. El estado de confusión surgido en los momentos mismos en que los Estados Unidos apuntaron a la posibilidad de iniciar la retirada de alguna por lo menos de sus unidades y el posible cierre incluso de alguna de sus bases por el exterior, en parte como consecuencia de la imposibilidad de seguir manteniendo un gran déficit en la balanza de pagos y en parte también como reacción frente a la pasividad cuando no la resistencia decidida de algunas potencias miembros a seguir ampliando resueltamente los gastos de sus respectivos presupuestos militares, era una buena demostración de que estaba pasando ya, en el caso de haber pasado irremediablemente el momento oportuno para proceder a una revisión a fondo de la O. T. A. N. y de algunas cosas más. El «statu quo» que tenía su punto de partida en las condiciones que prevalecían en los primeros años de la posguerra había quedado desbordado por completo a lo largo de la última década. La insistencia en su conservación había conducido a situaciones como el incidente del «U-2», la crisis de la O. T. A. N., el fidelismo y la situación alarmante en el Sudeste asiático. Durante la década de 1950 lo normal era la sucesión, podría decirse que ordenada, de las complicaciones y los problemas. Primero vino Corea, después Indochina, más tarde Suez, cuestiones absolutamente dominantes, cada una en su momento. Ahora, cuando apenas hemos pasado de la introducción a una nueva década, nos encontramos con el planteamiento o el empeoramiento agudo de media docena de grandes cuestiones, todas al mismo tiempo y cada una de ellas tan cargada de tremendas, ominosas posi-

sibilidades, que no resultaría fácil apuntar a una cualquier, en un momento determinado, para calificarla como la más grave de todas. Esto es lo que da un color especial, y nada agradable, al panorama en los días en que termina una Administración norteamericana y empieza otra con el acompañamiento de problemas tan espectacularmente llamativos como la crisis del dólar, una cuestión mucho más política que financiera, en el fondo, o el estado de confusión originado en la O. T. A. N. con propuestas como la que buscar convertirla en una potencia atómica más.

JAIME MENENDEZ.

